

DEL FANGO A LA LUZ

Han hecho falta prácticamente cincuenta años para que la tecnología permitiera recuperar la *Última Cena* de Vasari, arruinada por una inundación.

JULIÁN ELLIOT, PERIODISTA



Florence, Santa Croce, 1966. Foto: Minskini/Pirellas / Archivo Giorgio Lotti / Dario Lotti

Hace doscientos años, el escritor romántico Stendhal sintió de pronto que el corazón se le desbocaba, las piernas le flaqueaban y la vida lo abandonaba. Se encontraba en la basílica de la Santa Croce de Florencia, y su exquisita percepción estética se había sobreexcitado ante el arte concentrado allí. Con semejante hipersensibilidad, qué hubiera sentido el autor de *Rojo y negro* si hubiese visitado la célebre iglesia florentina el viernes 4 de noviembre de 1966.

En esa fecha, medio siglo atrás, el Arno se desbordó salvajemente. Había estado diluviando durante días, y dos presas río arriba rebasaron. Las aguas galoparon incontenibles hacia la capital toscana. El caudal del Arno, que fluye normalmente a unos 110 m³/s, alcanzó esa jornada los 4.500, cuarenta veces más volumen. La

peor parte de esta tremenda avenida se la llevaron los barrios aledaños a su cauce, todos históricos. Fue el caso de San Frediano. También el de Santa Croce.

No era la primera vez que había una crecida brutal en Florencia. Riadas colosales habían atropellado la ciudad tanto en la Edad Media, en 1333, como en el Renacimiento, en 1557, o, más recientemente, en 1844. Pero la inundación de 1966 eclipsó a todas. En apenas 24 horas, las aguas llegaron a cubrir por completo incluso segundas plantas en los edificios céntricos. Murieron decenas de personas. Más de diez mil perdieron sus casas o sus negocios.

Una hecatombe patrimonial

El patrimonio artístico de Florencia también vivió horas trágicas. Valiosos manuscritos y obras plásticas se arruinaron con el aluvión o directamente desaparecieron.

LA ÚLTIMA CENA de Vasari, tras la inundación. A la izqda., la Santa Croce en la misma fecha.

La corriente circulaba por pleno casco antiguo a unos violentos 65 km/h, acarreado, además, aguas pluviales, fluviales y fecales, el cieno del Arno, escombros de todo tipo y los combustibles almacenados en los sótanos para calentarse ese invierno. Tablas, lienzos, incunables, pergaminos, mapas, retablos y estatuas policromadas sufrieron una feroz agresión.

El epicentro de esta catástrofe dantesca no fue otro que la basílica que admiró a Stendhal hasta el colapso. La Santa Croce, que es la iglesia franciscana más grande del mundo, posee piezas únicas del Renacimiento y otros periodos. También hace las veces de panteón nacional. Allí yacen Miguel Ángel, Maquiavelo, Galileo, Ros-

Foto: ZPStudio / Opera di Santa Croce



El largo purgatorio hacia la recuperación

LA REHABILITACIÓN DEL VASARI HA DEMANDADO MEDIO SIGLO DE PACIENCIA

■ **LUCHAR CONTRA LOS ELEMENTOS.** La Última Cena se trasladó a la Limonaia, el invernadero del jardín de Bóbolli, para que se secara lo bastante lento como

para reducir el cuarteamiento y la despegadura de la pintura y, a la vez, lo bastante rápido para mantener sana la madera. Pese a todos los cuidados, la obra se contrajo dos

centímetros al secarse, lo que provocó grietas. El estucado de la imprimación, además, se volvió desmenuzable. También trajo problemas la aplicación del Paraloid B72. El barnizado acrílico preservó los colores, pero también fijó en ellos la mugre de la riada.

■ **UNA MISIÓN INTERGENERACIONAL.** Sortear estos desafíos requirió un despliegue de medios de alcance internacional y, además, un esfuerzo intergeneracional. De hecho, la donación providencial de la Fundación Getty al Opificio delle Pietre Dure tuvo un doble cometido. Por un lado, la recuperación estructural del soporte del Vasari, los paneles de álamo (a la izquierda, su dorso). Y, por otro, la formación de expertos jóvenes en este aspecto técnico bajo la tutela de aquellos que trabajaron en la Última Cena desde el inicio del salvamento.



Foto: Opificio delle Pietre Dure



■ **TODA LA VIDA PROFESIONAL**

Esta necesidad hizo que, por ejemplo, el especialista ya jubilado **Ciro Castelli**, reclutado con 23 años en 1966 para reparar diversas tablas estropeadas por el aluvión, volviera a la acción para codirigir la faceta de carpintería del proyecto. Su amplia experiencia resultó crucial tanto a nivel pedagógico como de I+D+i. En este último terreno, por hallar una solución para mantener unidos los cinco paneles del cuadro con un margen para dilatarse y estrecharse con naturalidad.

■ **CORTE Y CONFECCIÓN**

Castelli ideó para ello un ingenioso sistema gracias al paso del tiempo, varios experimentos y la ayuda de su equipo. Practicó cortes diminutos en el reverso de las tablas e insertó en ellos un relleno especial de madera de álamo. Así se ha devuelto a las planchas las dimensiones previas al secado tras la inundación y se les ha conferido cierta flexibilidad lateral y de curvatura.

■ **PROBLEMAS DE ADHERENCIA**

Otra operación delicada fue la de extracción

del papel protector de morera. Al quitarlo después de medio siglo de adhesión, se le quedaba pegada pintura e incluso fragmentos del estucado. Para colmo, los pigmentos de Vasari estaban manchados con detritus del Arno. Tan incierta fue esta etapa de la restauración que ni siquiera en 2013 el Opificio delle Pietre Dure se atrevía a confirmar que pudiera tener terminado el trabajo para los fastos del cincuentenario de la catástrofe en 2016.

■ **TECNOLOGÍA CON MUCHO ARTE**

Pero al final todo salió bien. Se cumplió con la fecha anhelada gracias a los profesionales implicados y también gracias a los avances tecnológicos. En el último tramo del proyecto, por ejemplo, los restauradores pictóricos completaron con exactitud las áreas malogradas gracias al escaneado electrónico del dibujo subyacente de Vasari, que permitió replicar con precisión cada pincelada. La caja que enmarca ahora al valioso cuadro, por otro lado, regula su grado de humedad. Y un dispositivo de poleas informatizado eleva la obra hasta el techo de la Santa Croce a la mínima detección de una crecida.



Foto: adicon/italia / Opera di Santa Croce



LA ÚLTIMA CENA de Vasari, de nuevo en la Santa Croce. Foto: ZEPstudio/Opera di Santa Croce.

sini y otros italianos universales. En resumen, un enclave de suma importancia cultural, por desgracia situado a cuatro pasos del Arno y sobre terreno de cota más baja que la mayoría de la ciudad.

Esto determinó que la Santa Croce se convirtiera por un par de días en el punto más profundo de una inmensa laguna tóxica. Los tesoros más afectados fueron aquellos expuestos en sus niveles inferiores, en espacios como la cripta, los claustros o un museo acondicionado hacía poco, en 1959, en lo que había sido el refectorio, el comedor colectivo de los frailes. Allí, entre otras producciones destacables, se encontraban dos muy especiales.

Los "ángeles del fango"

Por un lado, uno de los únicos tres crucifijos que se conservan de Cimabue, el principal nexo pictórico entre el estilo italobizantino y el protorrenacimiento. Por otro, la monumental *Última Cena* de Giorgio Vasari. Plasmada en 1546 por este pintor,

arquitecto y precursor de la historia del arte (en su libro *Las vidas* definió y dio nombre al Renacimiento), Vasari compuso esta escena sacra en cinco paneles de madera para que fuese desmontable. Había sido encargada por el convento delle Murate, de monjas benedictinas de clausura, que, como tales, preferían que el artista y su taller, todos hombres, pisasen lo menos posible la casa de oración. La tabla resultó gravemente damnificada por la inundación, al medir en conjunto unos imponentes 2,62 x 5,80 m que dificultaron su rescate.

Así fue como permaneció sumergida un día entero en el baño disolvente improvisado por el Arno, y su parte inferior todavía más, hasta que las aguas se retiraron del todo unas cuarenta y ocho horas después. Al hacerlo, se llevaron consigo parte de la pintura y del estucado de la imprimación, además de dejar la madera, de poroso álamo, empapada y endeble. No lo pasó mejor el Cristo de Cimabue, que perdió un 60% de su revestimiento pictórico.

Ambas obras y otras miles más se hubiesen perdido de forma irremediable de no haber intervenido un batallón de espontáneos, en su mayoría jóvenes, desde entonces recordados con gratitud como los "ángeles del fango". El senador Ted Kennedy se hallaba en Ginebra en esos momentos y voló a Florencia para estimar los daños en persona. Contó que "hacía un frío terrible y, sin embargo, vi estudiantes con el agua hasta la cintura. Habían formado una hilera para pasarse los libros" y demás objetos amenazados. Gracias a estos voluntarios, que, "despreciando el frío cortante y el agua turbia, se concentraron en silencio a salvar libros" y obras de arte, se pescaron uno a uno los trocitos decapados del Cimabue que flotaban en el antiguo refectorio.

Primeros auxilios

También pudo socorrerse lo que quedaba del Vasari. "La Santa Croce era una auténtica zona de guerra", evocó un restau-



rador que se acercó desde Suiza para ayudar. Como se suponía que los paneles del cuadro "primero se expandirían y luego se encogerían" debido al agua absorbida, la medida inicial, explicó, pasó por "proteger la superficie pintada, que eventualmente se curvaría", y, en efecto, ya se estaba despegando.

Para detener este proceso, la *Última Cena* se cubrió rápidamente con papel japonés de morera, el cual, natural, artesanal y fibroso, resiste bien la humedad. A continuación, se aplicó encima una veladura de Paraloid B72, una resina de metacrilato muy usada en bellas artes para fijar el color. Dos semanas más tarde, los cinco paneles se separaron para contribuir a su secado a fondo. Para ello, se dispusieron las planchas planas en estantes especiales de la Limonaia, el invernadero del histórico jardín de Bóboli. La idea era que la humedad y la temperatura controladas de este recinto contribuyeran a que la obra se secase lentamente. Con ello se buscaba

minimizar contracciones, grietas y otras secuelas del destructivo remojón.

Pese a estos primeros auxilios tan meticulosos, se consideraba un milagro que la tabla pudiera volver a mostrarse algún día. Prueba de ello fue que se logró reparar la *Crucifixión* de Cimabue y exponerla de nuevo al público en 1976, diez años tras el aluvión, pero la *Última Cena* de Vasari permaneció guardada durante decenios en un depósito de la Superintendencia de Florencia. No había, y no hubo durante casi medio siglo, tecnología que garantizara una recuperación en condiciones, habida cuenta del estado calamitoso del cuadro. Los cuidados iniciales solo habían detenido, no subsanado, el estropicio. Hasta 2010.

De imposible a impecable

En esa fecha concurren los recursos necesarios para iniciar la remontada. La Fundación Getty concedió una beca de casi medio millón de dólares al Opificio delle Pietre Dure. Creado por los Medici

en el siglo XVI para elaborar suntuosos mosaicos ornamentales, el OPD también se convirtió en el XX en una referencia mundial de la restauración de arte. A esta prestigiosa institución había ido a parar el Vasari en 2004 para estudiar cómo podía recobrase. Sin embargo, no se logró pasar del diagnóstico y la planificación hasta el generoso aporte de la fundación estadounidense.

El encuentro del saber hacer científico, la energía económica y las nuevas tecnologías disponibles no tardó en dar frutos. En 2013 se pudo volver a ensamblar los cinco paneles tras estabilizarse las tablas, retirarse el papel protector y extraerse los residuos fluviales. A este esfuerzo internacional se sumaron al año siguiente donaciones de Protección Civil, la entidad de defensa patrimonial Fondo Ambiente Italiano y la firma de moda Prada, con las que se pudo culminar la fase final del proyecto, netamente pictórica, de alisamiento de la pintura original y compleción de las áreas decapadas.

A finales del pasado año se coronó un sueño que pareció imposible durante décadas. Exactamente medio siglo después del atroz aluvión del Arno, la *Última Cena* de Vasari volvió a casa, y en un estado deslumbrante. Su regreso a la Santa Croce se convirtió en el evento estrella de los numerosos actos conmemorativos de la catástrofe, "la última obra mayor que recibió tratamiento" tras la inundación, como precisó Marco Ciatti, el director del OPD. Todo un símbolo de renacimiento del Renacimiento, si se nos permite la redundancia, en la que es su ciudad por antonomasia. ■

PARA SABER MÁS

CLÁSICOS

VASARI, Giorgio. *Las vidas de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos desde Cimabue a nuestros tiempos*. Madrid: Catedra, 2011.

ENSAYO

BELLUCCI, Roberto, CIATTI, Marco y FROSINI, Cecilia. *Dall'alluvione alla rinascita: il restauro dell'Ultima cena di Giorgio Vasari*. Florencia: Edifit, 2016. En italiano.

INTERNET

Opificio delle Pietre Dure. En italiano. www.opificiodellepietredure.it
The Getty Foundation. En inglés. www.getty.edu/foundation